

UN PIE DENTRO, UN PIE FUERA: EL ENTRELUGAR COMO ESPACIO FÉRTIL PARA PENSAR LA ARTICULACIÓN DECOLONIALIDAD Y COMUNICACIÓN

UM PÉ DENTRO, UM PÉ FORA: O ENTRELUGAR COMO UM ESPAÇO FÉRTIL PARA PENSAR A ARTICULAÇÃO DECOLONIALIDADE E COMUNICAÇÃO

ONE FOOT IN, ONE FOOT OUT: THE IN-BETWEEN PLACE AS A FERTILE SPACE FOR THINKING ABOUT THE ARTICULATION OF DECOLONIALITY AND COMMUNICATION

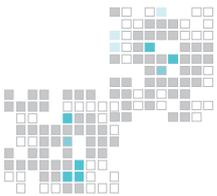
Verônica Maria Alves Lima

■ Jornalista e mestra em Comunicação Midiática Universidade Estadual Paulista, UNESP, Brasil). Doutoranda do Programa de Pós-Graduação em Comunicação da Universidade Federal Fluminense (UFF, Brasil) e pesquisadora vinculada ao Programa de Certificação Doutoral em “Estudos do Sul Global” na Universidade de Tübingen (Alemanha).

■ *Periodista y máster en Comunicación Mediática (Universidade Estadual Paulista, UNESP, Brasil). Doctoranda del Programa de Posgrado en Comunicación de la Universidad Federal Fluminense (UFF-Brasil) e investigadora vinculada al Programa de Certificación Doctoral en “Estudios del Sur Global” en la University of Tübingen (Alemania).*

■ E-mail: veronicalima@id.uff.br

221





Claudio Maldonado es chileno

Doctor en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona y Profesor de Estado en Castellano y Comunicación por la Universidad de La Frontera (UFRO). Realizó una Investigación Postdoctoral en el Programa Avanzado de Cultura Contemporánea de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Fue director de Investigación de CIESPAL en el período 2015-2016. Es académico del Departamento de Lenguas de la Universidad Católica de Temuco, donde es miembro del Comité Académico del Magíster y del Doctorado en Estudios Interculturales. También es docente del magíster en Ciencias de la Comunicación de la UFRO y del Doctorado en Comunicación del convenio UFRO-UACH (Universidad Austral de Chile). Recibió el Premio FELAFACS a la mejor tesis doctoral en comunicación el año 2015 y el Premio Extraordinario de Doctorado por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es coordinador del libro

“Comunicación, Decolonialidad y Buen Vivir” (Ediciones CIESPAL), y autor de decenas de artículos en los que reflexiona sobre la relación entre decolonialidad y comunicación.

Contacto: cmaldonado@uct.cl

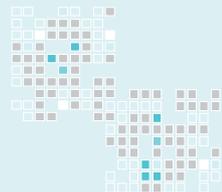
Introducción

En esta conversa, Claudio Maldonado nos brinda una serie de reflexiones a partir no sólo de la autoridad de quien estudia la articulación entre decolonialidad y comunicación hace más de 10 años, sino también con la inquietud de quien se propone estar siempre en tránsito y, por tanto, en un *entrelugar* que genera retos y preguntas, y por eso nos permite (re)encontrar, con esperanza, las posibilidades de transformaciones, más o menos utopísticas. Así, el investigador chileno nos desafía, desde la decolonialidad, a pensar nuestros haceres científicos en conexión directa (y compromiso) con la política, con la práctica, pero que no se acomoda y se conforma a la dinámica académica.

Él nos invita a los movimientos, del pensar y del hacer, tal cual él mismo experimenta, y nos recuerda que la decolonialidad nos requiere un constante reflexionar, ya que la propia vida es un permanente cambio.

Empiezas el artículo “Contribuciones y paradojas del pensamiento decolonial. Apuntes para re-pensar el campo comunicológico regional” (MALDONADO, 2016) relatando tu primer encuentro con la perspectiva decolonial, que curiosamente ocurrió en España, donde desarrollaste tu tesis doctoral. ¿Cómo se realizó este tránsito, a la vez, territorial y teórico?

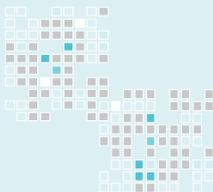
Esto comienza a finales del año 2011, inicios del año 2012, yo estaba empezando mi propuesta doctoral en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ya tenía muy claro que el campo de estudio debía ser problemáticas comunicacionales vinculadas a pueblos indígenas, pero quería hacer un giro en ese momento en el cual no siguiésemos reproduciendo la investigación que se desarrollaba respecto a qué se dice sobre el indígena, o sobre los “otros” en general. Esa que fue la corriente investigativa que predominó durante mucho tiempo, al menos acá, en el sur de Chile, y también en diversos contextos de la academia en general, respecto a cómo la prensa hegemónica alteriza al indígena y cómo las industrias culturales en general construyen esa “otredad”. Lo que quería hacer en ese primer momento era más bien no decir sobre el otro sino escuchar al otro y poder, entonces, configurar un relato teórico y metodológico que me permitiese entender esa otra voz. Entonces, hay ahí un giro en los modos de entender las relaciones de comunicación y alteridad, comunicación e interculturalidad, comunicación y subalternidad, etcétera. El segundo momento era elegir desde dónde, desde qué matriz epistemológica desarrollar ese trabajo, y pasé varias instancias: los estudios subalternos, estudios postcoloniales, estudios culturales también. Pero, como tú bien señalas, en algún momento en ese tránsito me encuentro con los desarrollos del giro decolonial latinoamericano. Estando situado en Barcelona, buscando referencias bibliográficas, encuentro el libro de Walter D. Mignolo, *Historias Locales / Diseños Globales*, donde aparece esta dimensión de la colonialidad, y justamente fue anecdótico el hecho de estar allá porque obedece también al ordenamiento geopolítico del conocimiento, la distribución del conocimiento que se hace desde los centros que administran el saber –entendiendo que las primeras obras de Mignolo estaban todas escritas en inglés, principalmente. Y aparece este libro en mis manos. Y fue como un acto epifánico, fue como una epifanía –yo me acuerdo haber escrito un correo a Santiago Castro Gómez, el filósofo colombiano, donde le cuento: “mira, fue para mí una epifanía encontrarme con la decolonialidad / colonialidad estando acá”– porque me permite diseñar una matriz teórico conceptual, acorde a mi modo de entender, para establecer un diálogo



disciplinario con los estudios de comunicación latinoamericana. El mismo año 2012, revisando el estado del arte sobre la cuestión comunicación-decolonialidad, me doy cuenta de que había muy poco desarrollo en esos años. Había un texto muy importante del colega y amigo colombiano Juan Carlos Valencia, donde él justamente diagnosticaba esta ausencia de articulación, siendo que había elementos que conectaban las propuestas de los estudios comunicacionales de nuestra región con las propuestas que se venían desarrollando desde el giro decolonial. Entonces, esa presencia de lo decolonial en mis archivos de lectura me permitió adentrarme desde otro lugar del conocimiento para poder escuchar al otro y escucharlo también en relación directa a una matriz epistemológica coherente a la problemática propia de la región de Latinoamérica y, específicamente, propia de los pueblos racializados, como son en este caso los pueblos indígenas y en particular el ámbito que estudié que era el del pueblo Mapuche. O sea, sí se va dando en esta primera instancia este encuentro con la decolonialidad, estando allá en España, el producto de esta distribución desigual de las obras. Y estos libros me van apareciendo estando allá, y nunca los había visto estando acá, así como también me pasó en mi formación en materias de comunicación con el pensamiento latinoamericano, que no estaba tampoco presente en la malla curricular o en los discursos de los académicos y académicas con los cuales yo me interrelacioné.

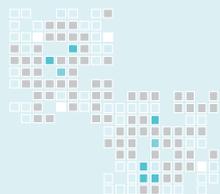
El eurocentrismo y el modelo de sociedad occidental que se desarrolló a partir del evento colonial y se consolidó en la modernidad siguen influyendo significativamente en las relaciones sociopolíticas y en la producción académica de todo el mundo. ¿Cómo ves, desde tu experiencia académica, la importancia de la articulación entre la perspectiva decolonial y el debate científico sobre la comunicación?

Esa es una pregunta bien interesante porque nos permite reflexionar sobre la pertinencia de los lugares de enunciación, y cómo construimos conocimiento en directa relación a los lugares donde estamos emplazados y cómo estos lugares en los cuales nos emplazamos son el resultado de un devenir histórico, político, social –intelectual también, como tú señalas, que va demarcando los modos de comprensión de la realidad, y en específico estas problemáticas socioculturales y sociocomunicativas tan propias de los pueblos indígenas. O sea, permite evidenciar un constructo teórico diseñado a partir del reconocimiento de ese *locus* de enunciación que me parece relevante tanto desde la teoría decolonial, como desde la teoría o el pensamiento comunicacional latinoamericano. Hay un primer elemento que sintoniza estas dos propuestas, que es el reconocimiento y valorización de esas coordenadas geográficas, culturales, políticas e identitarias y cómo esas coordenadas operan en los procesos de configuración de un conocimiento situado y los rasgos de especificidad que van moldeando esos lugares de enunciación. En segundo lugar, hay el reconocimiento –e insisto en esta idea del reconocimiento– de esa diversidad o de esa alteridad, pero ya no solo para hablar del otro o sobre el otro, sino para transformar también las cuestiones de corte metodológico. Esa idea está muy en sintonía con lo que venía planteando Luis Ramiro Beltrán sobre el adiós al modelo aristotélico para empezar a trabajar en una comunicología dialógica, una comunicología de la liberación, que tiene como principio fundamental la escucha para asegurar horizontes de mayor simetría entre quienes establecen el proceso de comunicación. Otro elemento, que la filosofía de la liberación también lo venía desarrollando desde mucho antes del pensamiento decolonial –principalmente con Enrique Dussel, cuando él plantea la noción del método analéctico–, es que la cuestión fundamental es ponerse en el lugar del otro y es escuchar al otro. Entonces, eso cambia el lugar del investigador, que ya no es un investigador que solo denuncia desde su lugar, sino que lo enuncia a partir de un contrato ético



y político respecto a cómo debo ponerme a disposición del otro. Eso me parece relevante, pues tenemos tres ámbitos de sintonía. Primero, el lugar de enunciación como constructo epistémico situado. El segundo tiene que ver con empezar a cambiar también los aspectos metodológicos de la investigación. En tercer lugar, hay una cuestión relevante que dice relación con la configuración de una episteme que está vinculada fuertemente a los procesos sociales, con un compromiso intelectual en relación con esos procesos sociales –en nuestro caso, procesos comunicativos– que se están desarrollando en contextos de alta conflictividad. En ese tercer elemento, me parece relevante enfatizar la sintonía que hay entre la ética del compromiso intelectual, o sea, cómo el conocimiento tiene que estar en permanente articulación a esas dinámicas sociales y comunicativas, y que es declarado tanto por pensadores y pensadoras decoloniales, como por los pensadores y pensadoras latinoamericanas del ámbito de la comunicación. Eso no emerge como un universal abstracto, como lo han planteado diversos autores, sino que obedece a una lógica situada y relacional con esos procesos. Pero también uno podría encontrar ciertos matices de diferenciación –y es lo que a mí me ha llamado mucho la atención en el último tiempo– que dice relación a cómo pensar estos procesos comunicacionales, políticos, culturales. El central es que el pensamiento decolonial se diseña como una realidad matricial, como una matriz de poder – como plantean Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Walter Dignolo, Catherine Walsh, y algunas feministas decoloniales como María Lugones – y, por tanto, hay una suerte de pensamiento totalizador respecto a cómo operarían las relaciones de poder dentro de lo que estos autores denominan el sistema-mundo moderno colonial. Ese pensamiento impone como piedra angular, como dice Quijano, a la dimensión racial como el nuevo elemento configurador de subjetividades, de relaciones de trabajo, de sexualidad, de conocimiento, etcétera. A mi modo de ver, en el pensamiento comunicacional latinoamericano, esa lectura matricial del poder y del ordenamiento del sistema-mundo moderno no opera o no se argumenta en igual perspectiva. Por ejemplo, en autores como Martín Barbero, García Canclini, Joaquín Brunner, hay una mirada más plural respecto a la configuración de los contextos latinoamericanos y, por tanto, a la configuración de las modernidades. No hay un argumento unívoco sobre la conformación de la modernidad-colonialidad, como una suerte de tecnología que incide casi de manera homogénea en el contexto global de la región e incluso en el sistema-mundo. Y en el pensamiento comunicacional, muy de la mano con lo que han desarrollado los estudios culturales, hay una lectura de mayor contextualismo –incluso podríamos decir que operan desde lo que Stuart Hall denomina como el contextualismo radical. O sea, en el pensamiento comunicacional, se observan las dinámicas en función del contexto particular y eso nos hace presuponer que el funcionamiento de la modernidad-colonialidad no es tanto una matriz genérica, sino que más bien multiplicidades de actores, de instituciones, de agentes en diversos niveles van operando y van funcionando de manera bastante particular. Entonces es una gran diferenciación, que en un primer momento no la observé, para ser bien honesto, por ejemplo, no fue algo que yo reconocí en mi investigación doctoral, la fui identificando en proyectos de investigación, en donde lo decolonial se seguía operando como un sistema de pensamiento, pero ya no desde un discurso de alabanza solamente, sino que también poniendo en cuestionamiento puntos como estos.

La idea de un “paradigma-otro” a partir de “epistemes-otras” contiene una especie de contradicción básica, que es el desarrollo de una crítica dentro del propio sistema hegemónico, es decir, una crítica que hace uso de categorías y estructuras de conocimiento que han sido durante muchos años, y en muchos casos siguen siendo, la expresión de la colonialidad, especialmente la colonialidad del saber. Esto ocurre no sólo en términos



teóricos sino también en las prácticas más acordes con las posturas y actitudes decoloniales. ¿Cómo ves esta contradicción, teóricamente, pero también concretamente, en la práctica de las relaciones, en las posturas epistémicas que requieren la perspectiva decolonial, especialmente en la Comunicación?

Bueno, lo primero es que es innegable en los procesos tal como los definen Maldonado Torres, por ejemplo, el hecho de la colonialidad del ser, una negación del otro y, por tanto, una negación también de sus saberes, que es la colonialidad del saber, según Edgardo Lander también. Pero no son los primeros autores que lo señalan: ya Michel Foucault también venía hablando sobre esta idea de los saberes sujetos, desplazados, y toda la aportación que se realizó en su momento desde la Epistemología del Sur: la idea de epistemicidio, las injusticias cognitivas, etcétera. Entonces es un hecho, que la literatura y la dinámica histórica nos permiten señalar, que vivimos en un sistema de regulación del conocimiento bastante desigual, de desplazamiento, marginaciones, silenciamientos. Frente a eso, la propuesta del pensamiento del Grupo Modernidad/Colonialidad acude a una idea de configuración de un paradigma-otro que está basado principalmente en el rescate de aquellos saberes desplazados por esta matriz colonial, que opera incluso a nivel cognoscitivo. La pregunta que hay que hacerse ahí es cuál es la sustancia o el plano de significación que realmente construye o al cual quiere apostar esa idea de “otro”. Porque no es otro pensamiento que vendría a ser un pensamiento acumulativo dentro del relato epistémico de la modernidad, sino que obedece a una cuestión que no sabemos realmente qué podría ser: es algo que viene a innovar, a transformar, a configurar nuevas categorías, y ese pensamiento-otro es justamente el pensamiento o las epistemes de aquellos actores y poblaciones que han sido desclasificadas dentro del relato euroamericano, que yo más bien diría del relato instrumental del conocimiento. Sin embargo, dentro del diseño de la academia, como un aparato que administra, regula y vuelve a clasificar ciertas formas de conocimiento, ese pensamiento-otro ha pasado por una suerte de extractivismo epistémico, quizá de manera a veces inconsciente y a veces consciente. Ese “otro” que aparece como significante dentro del enunciado “paradigma-otro” parece ser un espacio en donde esos saberes vuelven a ser apropiados por un lugar de enunciación académico, muchas veces sin citas, apropiándose de un constructo cognoscitivo. Por ejemplo, todo lo que ha emergido sobre la idea del “buen vivir” o “Sumak Kawsay”¹ y que parece estar traducido desde una óptica academicista, en donde, al parecer, no hay referencias autoriales, la voz del otro está, pero sin el otro; parece ser solo la voz. Entonces, ahí hay un fenómeno en que yo creo que se debe trabajar aún más, para poder justamente definir cuáles serían esos “otros” o esos “paradigmas-otros” que está conformándose desde la perspectiva decolonial, lo cual obliga a hacer una redefinición estructural de las formas de producción de conocimiento. En el marco de la regulación cognitiva que impera en la en la actual lógica del capitalismo posfordista, donde el conocimiento pasa a ser un elemento de explotación y atribución de valor, eso parece ser muy complejo, porque conlleva no solamente el enunciar un paradigma-otro, sino reformular las estructuras institucionales, las lógicas de autoría, de publicación, de investigación y metodológicas. Para poder construir un paradigma-otro no basta solamente con enunciarlo, sino que sería más bien un trabajo de transformación radical del funcionamiento del aparato de producción de conocimiento.

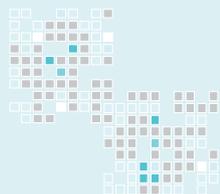
¹ Expresión “buen vivir” en la lengua quechua.

Y, con tu experiencia académica, ¿ves posibilidades de esta transformación se concretizar o se manifestar, de hecho?

La verdad es que yo me muevo como en un punto de cierta incertidumbre, porque tengo una mirada un poco apocalíptica [risas] respecto a lo que ya está operando, en el ámbito de la academia, pero también tengo un pensamiento utopístico al respecto, si no estaría subordinado una lógica de alienación total. Creo que muchos de los que estamos en este campo laboral, que es el campo del conocimiento, nos situamos en esas dos dimensiones, o más bien en un *entrelugar*, entre esa crítica permanente al modo de funcionamiento de la industria cognoscitiva, pero también dentro de un hacer y un querer que estas cuestiones cambien. Por eso digo que es un espacio de incertidumbre e, incluso, paradójico, porque me parece que en las acciones más micropolíticas que se desarrollan al interior de la academia, y de la academia en articulación con la sociedad, emergen posibilidades de cambio, nuevas formas de diálogo, nuevas categorías y una reflexión de orden polifónico –no solamente la voz del profesor o de la profesora, hay una voz que está dando cuenta justamente de esa multiplicidad de actores que convergen en la construcción del saber. Pero eso me da la impresión que sea un nivel de prácticas más micropolítica, de agenciamientos más moleculares que se confrontan justamente a la dimensión molar o macropolítica donde se ubican no solamente la universidad, sino también las políticas gubernamentales que regulan la administración del saber. Ahí se generan unas brechas entre el funcionamiento político institucional al interior del campo académico y las acciones más micropolíticas en donde es posible generar cambios. Ahí también emerge para mí esa idea utopística porque creo que las transformaciones, que se dan en el modo de funcionamiento de los nuevos agenciamientos sociales, de las nuevas dinámicas culturales que se desarrollan en diversos territorios, ya no solamente se dan en el nivel molar, en la estructura, sino que se empiezan a generar grietas a esa estructura, desde las prácticas cotidianas, de una política de los afectos, de una multiplicidad que empieza a articular sus voces. En algún momento eso también va incidiendo en ciertas decisiones, pero los cambios sabemos que son lentos, las revoluciones son lentas, sobre todo con un sistema de mando que es tentacular. Veo que las universidades a nivel latinoamericano, en su gran mayoría, están subsumidas a la lógica neoliberal, y no solamente en términos de la mercantilización de los programas, de la mercantilización de los productos académicos, sino que también, como dice Wendy Brown, como una racionalidad neoliberal que se inserta en nuestras corporeidades y nos fragmentamos muchas veces, nos tornamos investigadores individuales más que parte de grupos de trabajo. Por eso te digo, me sitúo como en un *entrelugar*, en donde evidentemente mantengo mi crítica pero en la medida de lo posible también genero agenciamiento.

En el mismo artículo que referí al inicio de nuestra conversa (MALDONADO, 2016) afirmas que “es perentorio generar agendas de investigación y teorización que atiendan a los fenómenos comunicacionales de la región desde un pensamiento propio, capaz de adscribirse a la memoria investigativa de la región pero sumando nuevos alicientes para el diseño de una Comunicología del Sur que se posicione como referente válido al momento de problematizar las diversas variables que el campo comunicacional acapara” (pp. 148-149). ¿Como ves ese escenario en la actualidad? ¿Estamos, de hecho, creando y sosteniendo una teorización que incida en la problematización e investigación del campo de la comunicación desde una crítica decolonial?

Volvemos a la contradicción. Pero voy a plantear mi respuesta desde la esperanza. El aporte, por ejemplo, que viene desarrollando justamente este grupo de trabajo (Comunicación-Decolonialidad) de ALAIC me



parece relevante porque logra introducir dentro de una institucionalidad, propia del ámbito comunicacional latinoamericano, la necesidad de abrirse a nuevas formas de producción de saber. A mí me parece muy relevante porque se despliega de reflexiones individuales y logra generar un colectivo, un quehacer común, que además se inserta dentro de una institucionalidad y empieza a generar estas fisuras y estos aportes respecto a otras formas de pensar la comunicación que no dice relación con la ecología de medios, la comunicación política, sino que aporta otro aliciente. También me parecen relevantes las apuestas que se vienen desarrollando en diversos contextos académicos, por ejemplo, el trabajo que hacen los colegas y las colegas en Colombia, respecto al remodelamiento de la matriz tanto teórica como metodológica de la comunicación y que está fuertemente vinculada al quehacer de los movimientos sociales, de los movimientos indígenas y de los movimientos populares. Me parece que ahí hay todo un aporte desde diversos programas que nos muestran que otra forma de hacer comunicación y de hacer investigación en comunicación es posible. También me parece interesante la construcción de saberes que emerge desde los territorios no académicos. Estoy pensando, por ejemplo, en todas las declaraciones que se han ido desarrollando con las cumbres de comunicación de Abya Yala, de cómo se entiende la comunicación por parte de los pueblos indígenas. Me parece interesantísimo cómo esas declaraciones dialogan con esa memoria comunicacional a la cual yo aludo en el texto que tú leías. Porque el pensamiento comunicacional latinoamericano, como decía José Marques de Melo, es un pensamiento situado, que tiene un fuerte compromiso político. Además, es un pensamiento que no puede analizarse sino a partir de su lectura de los fenómenos sociales. Entonces, la concepción de comunicación pierde ese estatuto de razonamiento instrumental, de razonamiento para la dominación –del paradigma dominante, como lo dice Erick Torrico– y logra aportar hacia el diseño de una comunicación o de un pensamiento comunicacional que no sé si se desoccidentaliza –a diferencia de lo dice Torrico, yo voy por otra línea–, pero sí que logra acoger la multiplicidad. No creo, por ejemplo, que las contribuciones del pensamiento occidental tengan que ser totalmente negadas, lo que sí me parece que podemos hacer son traducciones –como dice Nelly Richard, traducciones imperfectas– de ese pensamiento occidental. Por tanto, hay que leer tales contribuciones desde acá, desde nuestros lugares y desde las problemáticas que nosotros experimentamos. Y lo han hecho diversos pensadores, como José Carlos Mariátegui, que lo realizó con la obra de Marx, en relación directa a las problemáticas latinoamericanas. Entonces, creo que sí, hay avance y apuesta, y está, de algún modo, en gestación, desde nuestro contexto latinoamericano, un pensamiento comunicacional que no es innovador, y me hago cargo de lo que digo que no es innovador, porque vuelve y actualiza cuestiones que ya se venía diciendo en la década de los 60 y los 70, pero que logra abrirse a nuevas matrices de conocimiento, tanto académicas como no académicas. Eso ha ido también materializándose en ciertas prácticas de investigación, institucionales, etcétera. Por eso digo que tengo una mirada más esperanzadora de lo que está pasando.

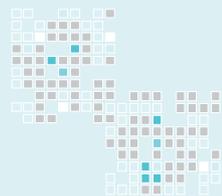
Y la imagen de una gestación es muy bonita y pertinente. Tu planteas eso a partir de una idea de una Comunicología del Sur, ¿pero no sería más pertinente una idea de una Comunicología desde el Sur, para no caer en esencialismos? Incluso, en tu respuesta anterior utilizaste algunas veces la palabra “desde”. Además, si pensamos “desde el” Sur, podemos reflexionar también sobre la cuestión del impacto de la perspectiva decolonial a otros lugares en la Comunicación.

No soy un pensador dogmático ni tampoco me aferro a mis propios enunciados [risas]. Uno tiene

la posibilidad de contradecirse permanentemente y cuando yo enuncio eso en el trabajo estaba muy influenciado por todo lo que venía desarrollándose desde la idea de epistemología del Sur, y pensando entonces ese Sur como un espacio geopolítico del conocimiento, que confrontaba esos relatos monoculturales que provenían del norte global –ese otro lugar que parecía presentarse como un enemigo. Eso me parece bien porque creo que el conocimiento es un acto dialéctico, de contradicción y de contraposición permanente, sino mantendríamos un *statu quo* a nivel intelectual. Respecto a la diferencia entre “del” y “desde el”, sí, estoy de acuerdo contigo. El “del” esencializa, transforma el sur en una cuestión monolítica, en una suerte de reproducción de cómo pensamos el norte, que parecía que el norte también es monolítico, y que también es esencializado, y que obedece a coordenadas bastante invariables. O sea, esta idea “del sur” reproduce esa lógica desde el punto de vista del sujeto subalterno, y de los contextos que han experimentado a la subalternización. Transformar a la idea “desde el” me parece un movimiento estratégico y si pensamos “desde” y no “del” podríamos aceptar que ese sur, por tanto, es también plural. Ya no sería una comunicología desde el sur, sino desde “los sures”, porque si nos situamos realmente y dejamos ese lugar abstracto “del” y pasamos al “desde”, las localizaciones se proliferan, se hacen mucho más variables. Pensar, por ejemplo, desde el sur de Chile, es bien distinto a pensar desde el sur de Brasil –nuestras particularidades geográficas, socioeconómicas, identitarias o raciales son bastante distintas. O sea, el pensar “desde” permitiría justamente esto que hablábamos al principio, evidenciar la condición material del emplazamiento, que obedecería a esa multiplicidad de territorios, de identidades, de historias, de memoria. Eso complejiza mucho más la definición de una comunicología o una comunicación que se arma a partir de la heterogeneidad como aliciente real y concreto de ruptura con el pensamiento unívoco. Habría que entender también que este sur, o estos sures, no son una espacialidad propia de los territorios colonizados. Dentro de las estructuras sociales coloniales también hay sus propios sures. Creo que en esa suerte de dicotomización que hacemos entre norte y sur nos olvidamos de los sures del norte, dónde también hay formas de pensamiento que pueden contribuir no solamente a la construcción de un nuevo pensamiento comunicacional, sino que de un pensamiento en términos generales. Las experiencias de estratificación social que se experimentan en los países del norte también generan identidades desplazadas, pensamientos propios desde esos lugares populares, y que no son contrarios. Desde una mirada de la complejidad, son más bien complementarios, y es muy probable que se encuentren nodos de articulación ahí. Entonces lo que la pregunta plantea me parece central, porque se refiere no solamente a pensar el eje “norte-sur”, sino también a pensar justamente las territorialidades, las identidades y las enunciaciones que de ahí emergen, desde su radical complejidad.

Y ahí estaría la brecha para pensar un impacto de ese pensamiento para más allá de un sur de geográfico, como un aporte para el pensamiento de forma general.

Incluso yo observo, por ejemplo, un grado mayor de flexibilidad en el pensamiento poscolonial – estoy pensando en Homi Bhabha, Edward Said, Gayatri Spivak que, a partir del reconocimiento de esas historias, esas memoria y estos territorios desplazados, son autores que logran entrar en procesos de diálogo y de traducción del pensamiento postestructural, propio de las racionalidades modernas, pero no para reproducir el pensamiento moderno, sino que justamente para repensar los procesos de obliteración, subalternización y alterización que han experimentado las poblaciones colonizadas de África, Asia. Esas son cuestiones que el pensamiento decolonial, a mi modo de ver, en esta insistencia por reposicionar este paradigma-otro, ha tendido a olvidar o a negar. Silvia Rivera Cusicanqui ha hecho esta crítica fuertemente



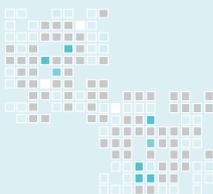
a los pensadores decoloniales, que dicen rescatar esos saberes-otros, ¿pero quiénes son, dónde están las personas que construyen esos saberes? El puertorriqueño Ramón Grosfoguel también hace estas críticas, especialmente a Walter D. Mignolo, y se une a la crítica que hace Silvia Cusicanqui. Hay un pasaje en una entrevista que le hacen a Grosfoguel, y él dice que Anibal Quijano hace todo un discurso sobre la racialización, sobre la necesidad de reconocimiento de otros saberes, pero en sus libros nunca se cita a un pensador tradicional indígena o a un sabio, y parece ser que el relato lo conforma a él desde su propia identidad intelectual, y sus referencias siguen siendo las referencias clásicas del pensamiento occidental. Creo que tienen que darse algunos gestos no desde el pensamiento decolonial, y creo también que eso se ha dado con el tiempo; eso ha decantado. Un ejemplo es toda la problemática que hoy día se discute sobre las metodologías decoloniales, sobre la construcción de un conocimiento decolonial intercultural. Pero en esta hegemonía de lo decolonial uno puede observar cómo se reproducen ciertos patrones, de aquello que se critica, y cómo además se tiende a negar aportes que han sido fundamentales para poder pensar las problemáticas sociales, políticas, culturales y comunicativas. Lo último que estaba escribiendo sobre este tema es justamente una crítica a esa idea de colonialidad y vuelvo a encontrarme, por ejemplo, con Michel Foucault y con esas teorías relacionadas que me pueden aportar, no para negar la colonialidad, sino quizás flexibilizar, buscar nuevas líneas de fuga, nuevas formas de entender estos procesos desde una lógica del poder y la dominación que no sea en esta perspectiva de matriz, y que opere más bien como un dispositivo o como un entrelazado de elementos complejos ya que según sean los contextos van a estar funcionando de un modo u otro.

Sí, eso me parece una trampa de la propia racionalidad en que estamos involucrados, que nos lleva siempre a ideas muy amplias, casi metafísicas, o matriciales.

Al respecto de esta discusión, considerando la idea de paradigma-otro, norte-sur, observo que, de algún modo, en este intento de encontrarse con ese “otro pensamiento”, con esas otras matrices epistémicas, se cae en el riesgo de poder esencializar el pensamiento del otro. Como si, en esencia, ese otro pensamiento –por ejemplo, afrocaribeño o indígena– fuese hoy la posibilidad de generar realmente una transformación. Esto que no se mal entienda: no quiero decir que no haya que visualizar ahí los aportes, por supuesto, que sí de eso estamos hablando. Pero siento que hay una suerte de esencialización y de una mirada un poco del arcano del otro, de algo que ya fue. Y, en realidad, hay que aceptar que los pueblos y las culturas son dinámicas, y por supuesto tienen elementos de ancestralidad operando, pero no son los únicos. Y también ya son parte de una dinámica de relaciones interculturales bastante significativas.

En términos de enseñanza y graduación de comunicadores, ¿cómo ves la presencia de la perspectiva decolonial en la formación de nuevos profesionales? ¿Cómo ves el futuro del debate sobre la perspectiva decolonial en las agendas de investigación en el área de la comunicación?

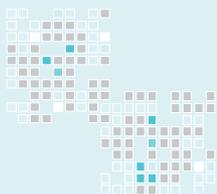
Voy a referir primero a mi contexto regional y nacional. Observo que la cuestión decolonial en comunicación no ha tenido una entrada muy significativa. Han emergido algunos esfuerzos, principalmente en el sur de Chile, pero no a nivel de pregrado, de grado o licenciatura, salvo introducir algún módulo en el posgrado sobre temas relacionados con la comunicación y la decolonialidad. Pero emerge como un episodio anecdótico dentro de la formación de investigadores a nivel de doctorado y de magíster. Hemos intentado introducir en el doctorado en Comunicación de la Universidad de la Frontera, con la alianza con



la Universidad Austral, y tenemos ahí una o dos clases sobre esta temática y también se la ha incorporado en el doctorado de Estudios Interculturales y en el máster de Estudios del lenguaje y de la Comunicación. Han emergido también algunas investigaciones de tesis, pero la verdad es que puedes contar con los dedos de una sola mano. No es algo que aquí en este contexto haya tenido un impacto significativo. Lo que no quiere decir que no se está introduciendo, por eso digo que está en un proceso de germinación. Lo que sí es que ha posibilitado un diálogo interdisciplinario, donde la comunicación y la decolonialidad entran en diálogo con la filosofía, la historia, los estudios de memoria, y eso lo he podido evidenciar. Ahora, a nivel latinoamericano me parece que hay mayores experiencias, como te decía antes, en el contexto colombiano, donde me parece que hay varios esfuerzos; también en Bolivia, por supuesto; y en Brasil entiendo que también hay una construcción. Pero también es posible señalar los esfuerzos que están haciendo ustedes del grupo Comunicación-Decolonialidad de ALAIC, pues de ahí creo que se ha ido instalando en el debate regional esta perspectiva con toda la crítica que se le puede hacer. Creo que el grupo o la perspectiva decolonial en comunicación si algo tiene que asumir es la crítica. Para no quedar en una reproducción de un canon epistémico decolonial, sino que esté en un permanente proceso de apertura. Es como la idea misma de la descolonización, o sea, es permanentemente transformar y abrirse a nuevas posibilidades. Pero, insisto, yo creo que mantiene cierto grado de marginalidad la idea de la comunicación decolonial dentro de la discusión académica de la comunicación. Me parece que esto [la comunicación decolonial] se instala con más fuerza en el campo no académico, en las propuestas de base, en lo que están haciendo los comunicadores de base. Estas nociones también integran lo académico, pero tienen mucho que ver con esa reflexividad de lo cotidiano, que está experimentando el proceso colonial permanentemente. Me doy cuenta de que ahí está operando con mucha más fuerza, en la reivindicación de espacios radiales, digitales, en el reencuentro con los modelos analógicos, en volver a ciertas formas de comunicación que parecía que estábamos olvidando, como los panfletos, los grafitis. A mí me parece que la idea toma más fuerza en los espacios no académicos y, por tanto, la academia lo que tiene que hacer es articularse con esas formas de expresividad y reflexividad que están emergiendo en diversos territorios y en diversos contextos.

Mencionaste el grupo Comunicación-Decolonialidad, y recuerdo tu presencia en nuestro primer encuentro, en 2016, en el congreso de ALAIC en México, y es un placer volver a este diálogo. Para cerrar, después de esos 7 años, y de más de una década de acercamientos y articulación entre comunicación y decolonialidad, seguramente con más madurez, ¿cómo valoras el devenir de la decolonialidad en la comunicación y qué retos se asoman?

No sé si es maduración de pensamiento; a mí me pasa algo con la decolonialidad actualmente, yo creo que “voy más de salida” [se refiere al ámbito de los estudios sobre decolonialidad], siento que estoy posiblemente con un pie adentro y uno afuera. Está más bien en una nueva búsqueda de campos de investigación y constructos teóricos. Por qué el estudio de la decolonialidad en la comunicación me genera esa impresión que puede construir algo insospechado, que puede, como ya hemos discutido, crear un constructo de conocimiento demasiado esencializador y demasiado dicotómico. Yo creo que el esfuerzo que están haciendo los colegas que se mantienen ahí en la militancia de lo decolonial y lo comunicacional es evitar caer en esos ámbitos del pensamiento esencializador, maniqueo y dicotómico. Me parece que debemos reconocer justamente nuestro mestizaje, tanto identitario como epistémico, trabajar en lugares de mayor complejidad –como nos plantea Homi Bhabha el *entrelugar, in between*. Por tanto, creo que el giro decolonial en comunicación puede ser un tremendo aporte al desarrollo del pensamiento latinoamericano, eso sin lugar a duda – por eso digo un pie adentro, pero otro también afuera. Porque creo que la construcción de conocimiento comunicacional en clave decolonial, o comunicación decolonial –yo no sé



bien cómo se va a definir eso en su momento— hoy día tiene la posibilidad de reformular aquellos aspectos que hemos evidenciado como nodos críticos, de tanto el pensamiento decolonial, como del pensamiento comunicacional latinoamericano. Y veo que hay algunos elementos que tienen que ser abordados con mayor fuerza. Creo que el pensamiento comunicacional en clave decolonial ha omitido, o no le ha dado el lugar de relevancia que requiere a una perspectiva económico-política de la comunicación. Me parece que nos hemos quedado mucho en el plano simbólico, del debate cognoscitivo, del rescate de los saberes, pero hemos olvidado posiblemente esa discusión materialista, de cómo esas estructuras materiales están incidiendo fuertemente en la regulación o desregulación tanto del conocimiento como de las prácticas mismas de comunicación. Por otro lado, veo también con preocupación el tema de la reproducción del lenguaje academicista dentro de las propuestas de la comunicación decolonial. Yo creo que también ahí hay una necesidad fuerte de poder descolonizar el lenguaje, además entendiendo que es nuestro código de comunicación. Si estamos hablando de comunicación decolonial, tenemos que pensar cómo también decolonizamos nuestras formas de enunciación y enunciado. Yo leo lo que va emergiendo en el campo decolonial en materia de comunicación y obedece a los mismos formatos de la comunicación científica que está regulada por Wos (Web of Science), por Scopus [los bancos de datos científicos]. Y entiendo que sea así; que de algún modo se va introduciendo la semilla dentro de su espacio. Pero hay que ser capaces de generar una nueva estética también en las formas de comunicar esta perspectiva de conocimiento, lo cual va de la mano una nueva sensibilidad, de otro “sensorio” diría Walter Benjamin. Y otro desafío que veo en el campo de la comunicación decolonial es su articulación: por un lado, con “lo” político yo creo que ya está, pero con “la” política, no. O sea, la articulación con los estamentos institucionales, que regulan las políticas de comunicación, las políticas culturales, pues creo que hay que apostar también hacia allá, porque no puede quedar solamente en un campo discursivo propio de la ciencia comunicacional. Creo que esto tiene que avanzar, hacia otras esferas. O sea, poder pensar políticas de comunicación en clave decolonial ya no solamente pasa por enunciar lo que nosotros creemos que puede ser, sino que es un enunciar con un efecto a nivel institucional y eso conlleva a la generación de una agenda distinta, que no es una agenda academicista. Es una agenda un poco más compleja. Pero también veo fortalezas. Yo creo que las propuestas de pensamiento decolonial en comunicación nos han permitido de algún modo reencontrarnos con nuestro legado epistemológico y teórico, nos han permitido volver al lugar en un mundo y en una academia de permanente deslocalización, de permanente desterritorialización. Yo creo que, en ese sentido, se ha contribuido fuertemente a resituarnos, a generar un pensamiento local, situado en clave emancipadora. No sé si como constructo epistemológico propio de la ciencia académica podamos generar una emancipación como tal, pero sí permite instalar algunas reflexiones que tributen a esos procesos de emancipación, que desbordan a la academia. Creo que la academia está muy sujeta la reproducción de un modelo, pero sí instala muchos elementos para repensarnos. Y quisiera terminar con esa reflexión: yo creo que hay una cuestión central de esta perspectiva que dice relación con repensar nuestra condición de humanidad. Eso me parece muy significativo, porque no pasa únicamente por el debate geopolítico del conocimiento, sino que pasa por cómo estos elementos que están en la construcción discursiva del conocimiento inciden fuertemente en cómo repensamos nuestro modo de subjetivación, de cómo nos pensamos sujetas y sujetos en un permanente cambio y en un permanente reconocernos en la multiplicidad.

Referencias

MALDONADO, Claudio. Contribuciones y paradojas del pensamiento decolonial. Apuntes para re-pensar el campo comunicológico regional. En CABALLERO, F. S.; MALDONADO, C. (coords.) Comunicación, Decolonialidad y Buen Vivir. Ecuador: Ediciones CIESPAL, 2016. pp. 143-169